

Un mágico prodigioso

El Premio Nóbel a Menéndez Pidal

= De El Sol, Madrid =

C'est que D. Ramón est un magicien merveilleux.—E. Martinenche

Tiene razón el eminente profesor de la Sorbona. Recordando el título del drama calderoniano, podemos decir que nuestro don Ramón Menéndez Pidal, para quien ahora se pide con justicia el Premio Nóbel, es un mágico prodigioso.

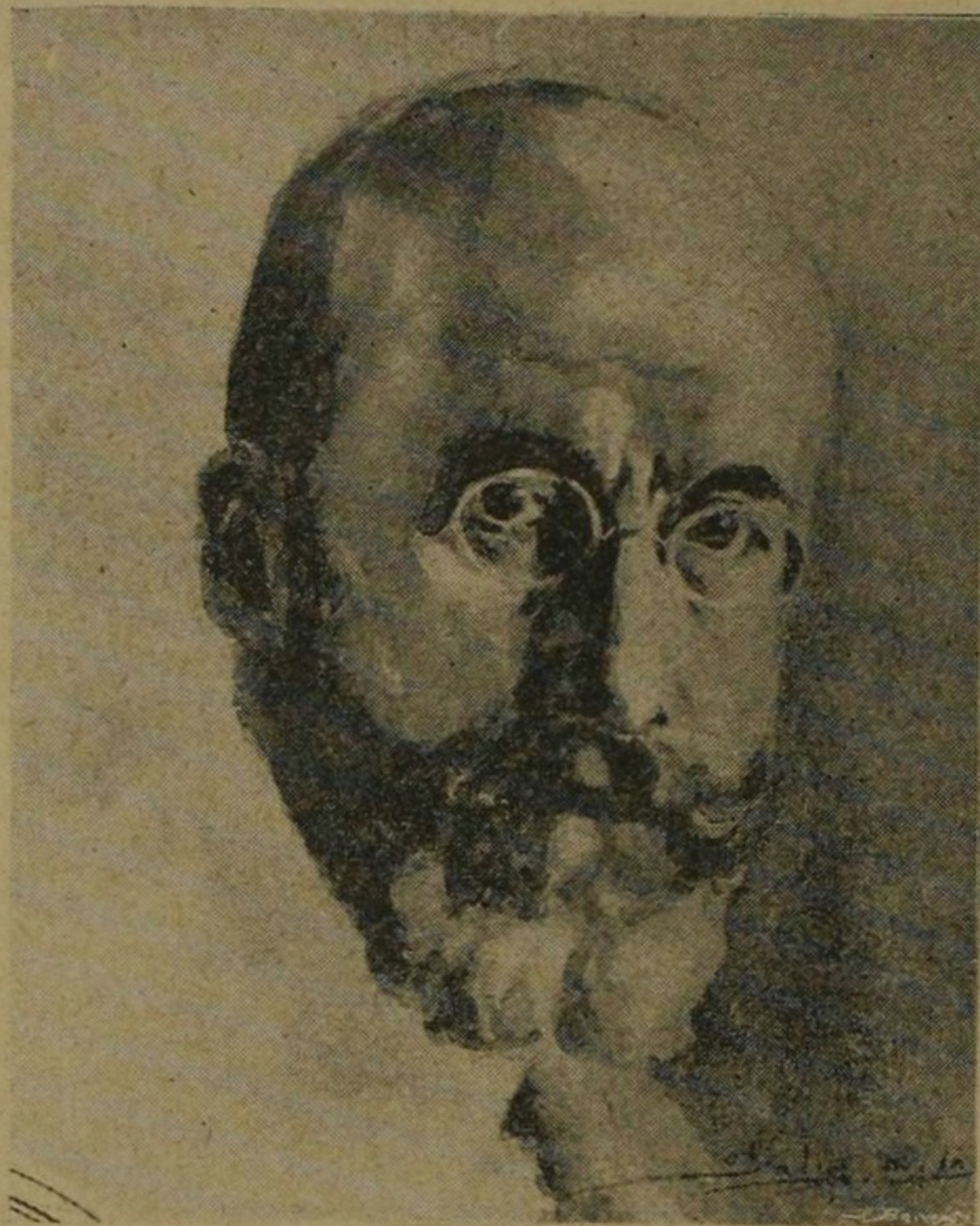
Nos parece verle encerrado en su cuarto de trabajo de la carretera del Zarzal. Si una muralla de libros le aísla allí del mundanal ruido, las anchas ventanas abiertas al campo le revelan en cambio la soledad sonora del infinito universo.

Allí este moderno mágico pasa la jornada inclinado sobre la mesa llena de papeles. Manuscritos, volúmenes impresos, notas y fichas son todos sus filtros y talismanes. Medita después la noble frente apoyada en la palma de la mano o dejando correr los dedos por la barba negra con hilos de plata... Si alguna vez sus ojos se rinden a la fatiga, una voz familiar, femenina, sigue leyéndole libros viejos y libros nuevos.

De este modo, lentamente, sin otros sortilegios, sólo con el conjuro interior, ese mágico prodigioso realiza el milagro. Pone ante nuestros ojos admirados lo que M. E. Martinenche ha llamado el milagro español. «La vieja tierra de Castilla se despierta a su voz—dice el profesor francés—y le revela los más hermosos secretos dormidos en su seno.»

Pero observemos por nuestra parte un contraste halagüeño. Aquí el portento es cabalmente el contrario del que Calderón inmortaliza en *El Mágico Prodigioso*. En el drama clásico, Cipriano, al ir a abrazar a Justina, la mujer amada, se encuentra con un esqueleto. Ahora, en cambio, por la sabia magia de Menéndez Pidal, los huesos dispersos, los restos yacentes en el sepulcro de la Historia, se reúnen, se organizan, recobran carne y sangre, calor y movimiento, y ante nuestros ojos resucita toda una España, una España heroica y poética.

La labor ingente de Menéndez Pidal no es sólo de erudita reconstrucción. Es además obra de belleza, espléndida creación literaria. Don Ramón, sobre ser sin disputa el primero de nuestros investigadores, el maestro indiscutible de toda la moderna escuela de filología española, es también el artista admirable que evoca escenas, pinta paisajes y ambientes, hace surgir figuras, caracteres, personalidades, y saca del polvo de los siglos la visión



Menéndez Pidal

Por Solís Avila

El señor Menéndez Pidal y el Premio Nóbel

= De La Voz, Madrid =

La resonancia extraordinariamente favorable que ha encontrado en todas las esferas de la vida intelectual española la candidatura lanzada por iniciativa del señor Ballesteros Beretta para el premio Nóbel en favor de D. Ramón Menéndez Pidal, sobre patentizar el acierto de la propuesta, armoniza perfectamente con la significación nacional de esta figura, de veras ejemplar y españolísima: dechado de españoles por lo mismo que muy pocos tienen, como Menéndez Pidal, tan clara conciencia de serlo.

La lengua es el exponente de valor más estable, cuantioso y profundo entre cuantos permiten apreciar la significación y precio de toda una cultura; esto es, de todo un pueblo. Es el legado remoto jamás consumido, que, por el contrario, se enriquece y renueva al pasar de generación en generación. Patrimonio común de prescripción imposible, halla en la literatura—culto o popular—sus más bellos paramentos. Pues bien: nadie como D. Ramón Menéndez Pidal conoce los secretos y calidades de esa lengua y esa literatura que sitúan a España en el primer plano de las grandes culturas modernas. Es la conciencia viva de un alma histórica incorporada simultáneamente en un gran sabio y un gran ciudadano.

Las gentes suelen tener de los eruditos una idea bastante adversa. Parten del supuesto de que cualquier fruto de la investigación científica debe estar, por ameno y sencillito, al alcance de todas las manos. Ni esto es siempre posible ni la ciencia tiene por qué alternar entre lecturas de simple solaz y despreocupado pasatiempo.

(Pasa a la página 178)

dramática de la realidad y la emoción palpitante de la vida.

Los meros eruditos hacen obra de análisis. Pidal, ya en el análisis mismo, halla color y gracia. Tiene páginas, prolijamente documentadas, en las que los mismos pormenores nos cautivan como deliciosas miniaturas. Pero en seguida se eleva el autor, como artista de la Historia, a síntesis generales de interés estético y filosófico. Los fríos eruditos realizan una disección del cadáver del pasado. Menéndez Pidal llega con su docto escalpelo hasta el corazón mismo para descubrir y reanimar en él los latidos vitales de una resurrección.

Así, en su libro sobre *La leyenda de los infantes de Lara* explora crónicas y romances hasta reconstituir en lo posible la antigua epopeya castellana. Así, en el volumen titulado *Poesía juglaresca y juglares*, el detenido y concienzudo estudio sobre esos cantores públicos, antecesores de los poetas modernos y quizá también—¿por qué no?—, como encargados de propagar noticias y formar opinión, precursores de los modernos periodistas, le sirve para trazar un animado cuadro de la época. Si trata de *El rey Rodrigo en la literatura*, vemos cómo una figura poética va evolucionando a lo largo de los siglos. Con sus famosas investigaciones sobre el *Cid Campeador* da Menéndez Pidal una vida nueva a la personalidad legendaria del héroe nacional. Y ya en su último libro, *La España del Cid*, no sólo nos revela plenamente aquella España medieval, sino que nos aclara mucho de la España perenne, la de ayer y la de hoy, y algo nos dice también de la España de mañana.

Con Menéndez Pidal hemos revivido toda la Edad Media española. Más aún: leyendo, por ejemplo *La epopeya castellana*, asistimos conmovidos a la formación de los poemas heroicos; los vemos deshacerse y perdurar fragmentariamente en el Romancero; resurgir el Romancero en los dramas de Lope y Calderón; renovarse éstos con la inspiración romántica del duque de Rivas y de Zorrilla, y reaparecer todavía hoy los mismos temas seculares, los eternos temas de la tradición nacional, en las poesías de Eduardo Marquina y de Manuel Machado.

He ahí el milagro español a que M. Martinenche alude. Se ha hablado del milagro griego, comprobando la maravillosa persistencia

(Pasa a la página 179)